

sobrevivir largo tiempo á la ruina del imperio latino, se convirtieron, según expresión de un papa, «en una segunda Francia.» Allí se establecieron y fueron tronco de descendencia feudal los señores de la Roche-sur-l'Ognón, los Villehardouin, los Brienne y los Champlitte. Sobre todo la Acaya francesa, con sus jerarquías de barones laicos y eclesiásticos, sus doce pares, sus cortes feudales y sus tribunales de Iglesia, ofrecía el espectáculo curioso de un feudalismo latino, regularmente organizado, en territorio griego. Un siglo después de la conquista, un historiador catalán, Ramón Muntaner, escribía: «Los príncipes de Morea toman mujer de las mejores casas francesas; lo mismo hacen sus vasallos, barones y caballeros, que jamás se casan con otras mujeres que con las que descienden de los barones de



Sello del emperador Balduino I

Francia. Por eso se decía que la caballería más noble del mundo era la caballería francesa de Morea. Hablábale allí la lengua francesa tan bien como en París.»

Este fué el resultado más duradero de la gran aventura de 1204. De esta manera la raza francesa hallóse establecida á las puertas de Oriente. Nuestros barones implantaron para siglos, en estos lejanos países, nuestra lengua, nuestros usos, nuestra legislación, nuestras costumbres religiosas y nuestra cultura. Cubrióse la Grecia de castillos como los de la madre patria, con nombre enteramente francés, como Montesquieu, Chatelneuf, Beaufort, Beauregard, mientras el arte ojival, tomando á la vez posesión de esta tierra nueva, construía en ella la catedral de Andravida y el palacio ducal de Tebas, y los novelistas griegos hacían adaptaciones de nuestras canciones de gesta y de nuestros poemas de la *Tabla redonda*.

En cuanto á la obra política de los cruzados, no duró mucho más de medio siglo. El imperio latino era caduco en su esencia. Faltaba á sus fundadores el conocimiento de la situación, y tropezaron con dificultades que se salían de la medida ordinaria. Hubiera sido conveniente á los latinos un Estado fuertemente centralista, una monarquía vigorosa. Por lo contrario, hicieron un mosaico incoherente de señoríos, sólo nominalmente sometidos á un vago poder imperial. La indocilidad de los grandes vasallos, las incesantes rebeldías y la insuficiencia de los lazos feudales produjeron sus habituales efectos. Bonifacio de Montferrat consideró desde el principio su feudo de Salónica como un reino independiente y negó su homenaje al emperador. Estalló la guerra. Balduino tomó Salónica y Bonifacio se dirigió sobre Andrinópolis. Costó reconciliarlos; y por los rangos inferiores de la jerarquía las obligaciones feudales no se respetaban más.

En lugar de conciliarse el amor del pueblo griego, el clero latino desplegó un estúpido terror. El legado del papa Pelagio cerró las iglesias y encerró en la cárcel á obispos y sacerdotes griegos. No fué posible la unión de ambas Iglesias. Los mismos latinos estaban desunidos. Al patriarca veneciano de Constantinopla, que no quería reclutar el personal eclesiástico sino entre las gentes de su país, opusieron los franceses otro jefe espiritual. En Grecia como en Francia, los príncipes estaban en lucha abierta con su clero. El rey de Salónica y el príncipe de Morea querían disponer de los bienes de la Iglesia y apropiarse los diezmos. En Patras, habiéndose querrellado los barones con su arzobispo, le hicieron encarcelar, maltrataron á su legado y acabaron por cortarle la nariz.

Finalmente, los griegos conquistados no habían sido sometidos: permaneció el enemigo interior aliado á los enemigos de fuera, el rey de Valaquia y de Bulgaria, á quien no supieron interesar los franceses en su empresa. Hombres de un talento y de una energía extraordinarios hubieran luchado difícilmente contra tantos obstáculos á la vez. Y los dos primeros jefes del imperio latino, Balduino I (1204-1205) y Enrique I (1205-1216), fueron tal vez los únicos que se mostraron poco más ó menos á la altura de su misión: Balduino que no era falto de energía y de bravura, desapareció posteriormente á la derrota que sufrió de los valacos en Andrinópolis (14 de abril de 1205); Enrique luchó valientemente contra los invasores y contra sus vasallos rebeldes, intentando reparar la torpeza del clero latino. Pero él también sucumbió en la lucha, y ya sus sucesores Pedro de Courtenay, Roberto de Namur, Juan de Brienne y Balduino II no lucharon más. En 1261 el imperio latino había desaparecido.

CAPÍTULO V

LOS CAMPESINOS Y LOS BURGUESES

I. La población rural.—II. Desenvolvimiento de las ciudades y las burguesías. Mercaderes y artesanos.—III. Las franquicias urbanas. La vida comunal. Establecimiento y propagación de los consulados.—IV. Los villanos en los poemas feudales. La literatura burguesa.

I.—La población rural (1)

La evolución de las clases populares, cuya primera fase hemos descrito (2), se continúa en sus diversas manifestaciones. Pero los progresos de los pueblos rurales son, como es natural, menos rápidos que los de la burguesía.

Se deja ver, es cierto, que en los comienzos del siglo XIII las libertades individuales ó colectivas disminuyen en mucho el número de los siervos. Las tierras que tienen la desventurada propiedad de hacer esclavos

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Enrique Sée, *Les Classes rurales et le Régime domanial en France au Moyen âge*, 1901. E. Bonvalot, *Le Tiers Etat d'après la charte de Beaumont et ses filiales*, 1884. M. Prou, *Les Coutumes de Lorris*, 1884. P. Thirion, *Les Echevinages ruraux aux XII^e et XIII^e siècles dans les possessions des églises de Reims*, 1896, en los «*Etudes d'histoire du Moyen âge*,» dedicados á M. Gabriel Monod.

(2) Véase el tomo primero, págs. 581 y siguientes.

á los que las habitan, son gradualmente absorbidas por las tierras libres. La propia herencia de servidumbre es extinguida por la creciente influencia del derecho romano, en cuya virtud el hijo de la mujer libre, aun cuando casada con un siervo, nace libre. Finalmente, el campesino no tiene ya el mismo interés de antes en hacerse siervo de una iglesia. En lugar de entregar su persona al monasterio, se contenta con ofrecerle tierra ó dinero. Provincias enteras, la Turena, Normandía, Bretaña, el Rosellón y muchas regiones del Mediodía, parecen haber desconocido la servidumbre ó estar libertadas en gran parte. En los países en que subsiste, por ejemplo el dominio real y la propia Champaña, aun cuando los propietarios (y más que ninguno, como ya se ha visto, Felipe Augusto) no ceden en sus derechos fácilmente, la condición servil se hace menos intolerable. La talla arbitraria desaparece en multitud de sitios; el *formariage*, la mano-muerta, se suprimen con frecuencia. Multitud de paisanos no tienen más servidumbre que la capitación, impuesto de tres ó cuatro dineros, más humillante que onerosa.

Para los huéspedes y los cultivadores libres las concesiones de privilegios de exención, que ya comenzaban á multiplicarse en tiempos de Luis el Gordo, son verdaderamente prodigadas por los señoríos de Luis VII y de Felipe Augusto. Es la época de más grande difusión y de la carta de Lorris. A ejemplo de Luis VII y de su hijo, los señores de Courtenay y de Sancerre y los condes de Champaña la distribuyen con bastante liberalidad por los pueblos de sus feudos. Aun cuando no se otorgue esta carta integralmente y de una manera explícita, su influencia se hace sentir, sobre todo por el rebajamiento de la tasa en las multas judiciales, en la mayor parte de contratos que hacían entonces, cada vez con más frecuencia, los señores y sus campesinos.

En 1182, el arzobispo de Reims, Guillermo de Champaña, concedió á la pequeña localidad de Beaumont, en Argonne, una carta que debía servir de modelo á la mayor parte de cartas de libertad concedidas á las localidades rurales de los condados de Luxemburgo, de Chiny, de Bar, de Rethel y del ducado de Lorena. En Champaña hizo la competencia á la carta de Soissons y á la ley de Verviers. No solamente concedía á los villanos las franquicias esperadas: les otorgaba además una apariencia de autonomía, con representantes elegidos libremente, escribanos, un alcalde y el uso libre de caminos y aguas. Pero los señores que adoptaron y propagaron la ley de Beaumont no se muestran tan generosos como su fundador. Tan pronto se reservan el derecho de nombrar alcalde, como pretenden ejercer sus derechos en competencia con los habitantes. Por todas partes, si en el día escogido para la elección no habían venido á un acuerdo los villanos para elegir sus representantes, los nombraba el señor.

Otras constituciones, menos extendidas que las de Lorris y Beaumont, transformaban poco á poco el estado civil y económico de los villorrios. Creáronse «regidurías rurales» en los dominios de los condes de Champaña y en los de las iglesias de Reims. Las poblaciones no formaban entidad moral, pero estaban representadas por un *maire* (alcalde). Los regidores que ejercían todas las funciones locales de administración y de justicia (por ejemplo en Attigni, cuya carta pertenece al

1208) no eran elegidos. Los campesinos permanecían esclavizados, pero estaban mejor garantizados en materia de impuestos y contribuciones contra los caprichos de su señor.

Finalmente, las «federaciones rurales,» es decir, las asociaciones de villorrios constituidos en municipios, con cartas moldeadas sobre las de los grandes municipios urbanos, tales como ya se encuentran en tiempo de Luis el Gordo (1), continúan extendiéndose por determinadas regiones. Ya se ha visto que Luis VII y su hijo habían contribuido á la formación de la de los siervos del Laonnais. A ejemplo de Felipe Augusto, que había tolerado otra aglomeración, la de Cerni-en-Laonnais (1184), el abad de San Juan de Laón autorizó la de Crandelain (1196). A fines del siglo XII los condes de Ponthieu permitieron establecerse ó fundaron espontáneamente la de Creci, del Crotoi y del Marquenterre. Pero esta forma de emancipación de los villanos fué completamente local y sólo prevaleció por excepción.

Esta abundancia de actas de liberación adquiridas por individuos ó familias y de cartas de privilegios vendidas á los pueblos no debe hacernos concebir ilusiones. Las localidades libertadas ó privilegiadas no constituían sino una minoría en el conjunto de los pueblos rurales. Por lo demás, estos contratos entre señores y villanos no eran más respetados en la práctica que la mayor parte de los contratos que establecían entre sí los propietarios de feudos. La necesidad y la fuerza brutal ocupaban con demasiada frecuencia el lugar de las más precisas y formales convenciones. Considerando la realidad y no los pergaminos, la existencia de los campesinos, siervos ó libres, permanecía en último resultado miserable y precaria. Ya les hemos visto indefensos contra las calamidades naturales, víctimas del bandolerismo y de las guerras feudales, sucumbiendo bajo la explotación de los nobles y de los señores de Iglesia. Los predicadores denuncian la celdad de los feudos y la cobardía de los clérigos que permiten aplastar á los débiles. Jaime de Vitri les amenaza con castigos, aun en esta vida: «Guardaos de provocar el odio de los humildes, porque pueden haceros tanto mal como bien os hacen. Es cosa peligrosa la desesperación. Vese á los siervos matar á sus señores y prender fuego al castillo.»

Antes de recurrir á la rebelión abierta, la población rural resiste al pago del impuesto. La recolección de diezmos, en especial, se verifica con dificultad. El concilio de Ruán en 1189 recuerda á los fieles sus obligaciones. «Como se dan muchas gentes que no quieren pagar el diezmo, se les hará tres intimaciones para decidirles á saldar íntegramente lo que deben sobre trigo, vino, frutos, heno, lino, cáñamo, quesos y rebaños. Si la tercera intimación queda sin respuesta, serán excomulgados.» «Es necesario que todo el mundo pague el diezmo,» dice el concilio de Aviñón (1209), «y que sea pagado antes que todo otro impuesto,» añade el concilio de Letrán (1215). Una carta del papa Celestino III al obispo de Beziers denuncia las pretensiones de algunos campesinos que, obligados á transportar los productos que constituían el diezmo al domicilio del sacerdote, se habían empeñado en restarles los gastos del transporte. El papa ordena al obispo que les excomulgue si

(1) Véase el tomo I, pág. 583.

persisten en su idea. Honorio III, en 1217, permite al capítulo de Maguelone herir con censura canónica á aquellos de sus justiciables que no les paguen íntegramente los diezmos acostumbrados, ó que retengan de ellos una porción so pretexto de desquitarse de los gastos de semillas, cultivos ó cosechas.

Los predicadores añaden sus condenaciones á las órdenes de los concilios y del papa. «No solamente sois ladrones, exclama Jaime de Vitri, sino sacrílegos. Porque el diezmo es el censo que debéis á Dios y la muestra de su dominio universal. Los que lo retienen comprometen la salvación de sus almas. Y Dios les envía el hambre y la sequía, mientras que los años de abundancia no faltan nunca al que los paga.» Por otra parte, los cobradores señoriales, como los eclesiásticos, se quejan de que disminuyan sus percepciones, y el obispo Mauricio de Sulli recomienda á sus diocesanos el cumplimiento de sus deberes para con todos sus señores. «Buenas gentes, devolved á vuestro señor en la tierra lo que le debéis; es necesario creer y saber que á vuestro señor en la tierra debéis censos, tallas, jornales, servicio, acarreo y cabalgada. Devolvedselo todo en el lugar y tiempo queridos, íntegramente.»

Para escapar á la rapacidad del señor y de sus agentes, acaece que el campesino huye, abandonando el feudo. En 1189 los habitantes de la isla de Ré, exasperados por el rigor con que el señor de Mauleón practicaba su derecho de caza, atormentados por las alimañas durante las siegas y vendimias, se disponen á emigrar en masa. Para retenerles, Raúl de Mauleón se compromete «graciosamente» mediante el pago de diez sueldos por cuarto de viña y sextario de tierra, á no consentir en la isla otra caza que la liebre y el conejo. Cuando el señor se manifestaba inflexible, se desertaba de sus tierras. Más arriba (1) hemos tratado del éxodo de los siervos del obispado de Laón, que se trasladaron en gran número á un señorío vecino (1204).

Al mismo tiempo que la deserción, las sublevaciones. Entre 1207 y 1221, en un archidiaconado de la diócesis de Orleáns se niegan los campesinos á pagar el diezmo de la lana. El obispo de Orleáns, Manasés de Seignelai, quería obligarles á ello por la excomunión. Los campesinos, furiosos, se levantan una noche como un solo hombre, *quasi vir unus*, y corren á sitiarse en su castillo. Escápase el obispo y les hace expiar bien pronto su rebelión.

A fines del reinado de Felipe Augusto, el pueblo de Maisnières, situado cerca de Gamaches y dependiente de la abadía de Corbie, atribuyóse una constitución municipal sin pedir al abad un permiso que verosímelmente le habría sido negado. Conocedor de ello el abad, presentóse en el nuevo municipio, donde se le negó la entrada y se le amenazó con expulsarle. Emancipados los campesinos, anexionaron á su municipio una aldea vecina, la sometieron á talla, y luego prendieron á un sacerdote que se hallaba en territorio de ellos, para maltratarlo. El abad de Corbie los citó ante un tribunal de arbitraje, compuesto de gentes de Iglesia, que condenaron á los campesinos. Pronuncióse la disolución del municipio y los rebeldes fueron condenados á una multa de cien marcos (1219). El propio año los habitantes

(1) Página 102.

de Chablis, súbditos del capítulo de San Martín de Tours, intentaron igualmente fundar un municipio rural. Habíanse confederado bajo juramento y habían instituido impuestos. Los canónigos de Tours hicieron rápidamente intervenir los bailíos de Felipe Augusto y los del conde de Champaña. El municipio de Chablis desapareció.

El *Conte des vilains de Verson* es el relato en verso de una sublevación en una aldea de Calvados que en los comienzos del siglo XIII había querido libertarse de las contribuciones y de las rentas á que venía obligada para con la abadía de Mont-Saint-Michel. El autor de este poemita, hostil á la causa popular, no da más que detalles oscuros é insuficientes de la insurrección, pero nos proporciona la lista interminable de las servidumbres que gravan á los villanos. Por lo demás, la enumeración de estas iniquidades y estos sufrimientos, en lugar de conmover al poeta, excita su indignación contra los aldeanos rebeldes. «Id y haceldes pagar; están obligados á satisfacer. Id y tomad sus caballos, tomad vacas y bueyes, porque los aldeanos son en extremo felones; señor, sabed que bajo el firmamento no conozco más odiosa caterva que los villanos de Verson.»

II.—Desenvolvimiento de las ciudades y burguesías. Mercaderes y artesanos (2)

Las crónicas de este tiempo, y en particular la *Filipi-da* de Guillermo el Bretón, demuestran cuán importante lugar ocupan en la sociedad y la historia las villas y las burguesías. La obra del Bretón abunda en descripciones de ciudades. En Flandes nos muestra á Gante «orgullosa de sus casas adornadas de torres, de sus tesoros y de su población numerosa; Ipres es famosa por la tintura de sus lanas; Arras, la antigua ciudad, por sus riquezas y avidez de negocios; Lila se adorna de sus mercaderes elegantes y hace brillar en los reinos extranjeros las telas que ella ha teñido, y se queda con sus fortunas que la enorgullecen.» En Normandía se trata de Ruán, de Caén, la ciudad opulenta, «á tal punto llena de casas, de iglesias y de habitantes, que apenas si se reconoce inferior á París.» En el valle del Loira, Tours, «asentada entre dos ríos, agradable por las aguas que la cercan, rica en granos y árboles frutales, orgullosa de sus ciudadanos, poderosa por su clero y decorada por la presencia en ella del santísimo cuerpo del ilustre prelado Martín; Angers, rica ciudad, á cuyo alrededor se extienden campos llenos de vides, que proporcionan bebida á normandos y bretones; Nantes, á quien enriquece el Loira piscífero, y que hace con los países vecinos substancioso comercio de salmones y lampreas.»

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Pardessus, *Collection des lois maritimes au XII^e siècle*, 1828-1845. Bourquelot, *Etudes sur les foires de Champagne*, 1865. W. Heyd, *Geschichte des Levanthandels im Mittelalter*, 1879, traducción Furcy-Reynaud, 1886. Pigeonneau, *Histoire du commerce de la France*, 1886-1889, tomo I. Goldschmidt, *Universalgeschichte des Handelsrechts*, 1891. Imbart de la Tour, *La liberté commerciale en France aux XI^e et XII^e siècles*, 1890. Eberstadt, *Magisterium und Fratemitas*, 1897. Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, introducción, 1898. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières en France avant 1789*, tomo I, 1900. Boissonnade, *Essai sur l'organisation du travail en Poitou*, 2 volúmenes, 1900.

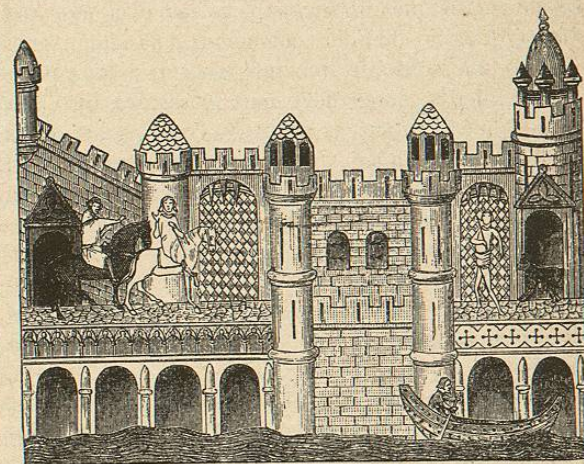
El monje de Marmoutier, que escribía por 1209 un epitome de la historia eclesiástica de la Turena, nos pinta con complacencia la ciudad de Tours, rebosando de riquezas. Extasíase ante los hermosos trajes forrados de sus habitantes, ante las viviendas almenadas y con torres, ante la suntuosidad de sus mesas, el lujo de sus vajillas de oro y plata. Generosos para con los santos y las iglesias, pródigos con los pobres, tienen todas las virtudes: modestia, lealtad, instrucción, valor guerrero. En cuanto á las hijas del país, «son en tanto número las hermosas y encantadoras, que aquí la verdad sobrepuja á todo lo creíble y las mujeres de los otros países son feas en comparación de ellas. La elegancia y riqueza de sus tocados realza todavía su belleza, peligrosa para todos los que las ven; pero su virtud sólida las protege, y sus rosas son inmaculadas como lirios.»

Rigord y el Bretón mencionan á París con frecuencia, detallando sus calles, sus puentes, sus iglesias, sus mercados y sus plazas. Hablan de su conjunto de murallas, de su torre del Louvre y de sus dos castillos. «Estoy en París, escribe Guido de Bazoches entre 1175 y 1190, en esta real ciudad en que la abundancia de bienes naturales no solamente retiene á los que la habitan, sino que tienta y atrae á los que están lejos. Por igual modo que la luna sobrepuja en claridad á las estrellas, así esta ciudad, sede de la realeza, levanta su cabeza alta por encima de las demás. Está asentada en el seno de un valle delicioso y en el centro de una corona de ribazos que á la par enriquecen Ceres y Baco. El Sena, ese río soberbio que procede de Oriente, rueda por allí proceloso y rodea con sus dos brazos una isla que es la cabeza, el corazón y el tuétano de la ciudad entera. Dos arrabales se extienden á derecha é izquierda, de los cuales el menos grande causaría envidia á muchas ciudades. Cada uno de estos dos arrabales comunica con la isla por medio de dos puentes de piedra: el Grand Pont, que mira al Norte del lado de la mar inglesa, y el Petit Pont, que mira al Loira. El primero, ancho, rico, comercial, es teatro de una bullente actividad; rodéanle innumerables barcos llenos de mercancías y riquezas. El Petit Pont pertenece á los dialécticos que por él se pasean discutiendo. En la isla, junto al palacio real que domina toda la ciudad, vese el palacio de la filosofía, donde reina el estudio solo y como soberano, constituyéndolo en ciudadela de la luz y de la inmortalidad.»

También en las canciones de gesta, de inspiración toda feudal, comienzan las ciudades á ser objeto de descripciones detalladas y precisas. En *Aubri le Bourguignon* aparecen las ricas ciudades flamencas de Arras, Courtrai y Lila; en *Aiol*, Poitiers y Orleáns, con sus tabernas y su populacho acanallado; en los *Narbonnais*, Narbona, con su puerto lleno de bajeles, y París, «la admirable ciudad en que tantas iglesias y tantos campanarios se levantan, atravesada por el Sena de profundas aguas, que cubren las naves llenas de vino, de sal y de grandes riquezas.» Las alusiones á la opulencia de Limoges, de Poitiers, de Amiéns, de Nantes y de Lyon, á las operaciones lejanas de los comerciantes de Francia, á la habilidad de nuestros artesanos, se multiplican á medida que se acerca el siglo XIII. El *Montage Guillaume* y *Aiol* dan con detalles vivos curiosas escenas de mercados, y el poema de *Hervis de Metz*, aun cuando pertenece á la terrible gesta de los *Lorrains*, nos cuenta la

historia de un noble de Metz que envía á su hijo para hacer fortuna á la feria de Champaña. Pero el joven caballero se da mejor maña en conducir caballos, perros y halcones, que en comerciar con telas, pieles ó metales preciosos, y se contenta con derrochar en alegre compañía el dinero recibido de su padre. El poeta aprovecha este asunto medio burgués para describir bajo una forma animada lo que pasa en los mercados de Troyes ó de Provins.

En estos elogios de ciudades es necesario descontar la parte de exageración del escritor que, proponiéndose describir, quiere describir maravillas á todo trance. La Edad media no era difícil para lo que llama ella «la belleza» de París y de los otros grandes centros. A los ojos de los hombres de aquellos tiempos, consistía en la abun-



El Petit-Pont de París
(De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

dancia de víveres, en los mercados y en las tiendas bien abastecidas, en la actividad de la industria y del comercio. Su ideal era entonces rodear una ciudad de contrafuertes sólidos y acumular en calles estrechas viviendas é iglesias. Lo demás, limpieza y aireación, les importaba poco. Estas ciudades tan célebres no nos parecerían á nosotros habitables. Pero, por lo demás, en el período anterior ningún escritor se habría entretenido en elogiar una población de villanos. Y es que estos villanos se han levantado extraordinariamente sobre su modo de ser de otros tiempos.

La historia de Felipe Augusto demuestra que los burgueses (los de París especialmente) tomaron cierta parte en el gobierno. El advenimiento de la clase urbana á la vida política data de su reinado. El propio hecho se comprueba en todos los señoríos. A las dinastías de «grandes burgueses» que comienzan á dominar en París, los Arrode y los Popin, los Piz d'Oie y los Passi, corresponden los Colomb en Burdeos, los Auffrei en la Rochela, los Dardir en Bayona, los Manduel en Marsella y los Fergant en Ruán. En posesión de las magistraturas urbanas, se ven vestidos de feudos nobles, ejercen las funciones de consejeros y obtienen altos cargos en las cortes feudales. Un Lamberto Bouchut, de Barsur-Aube, es camarero del conde de Champaña (1195 á 1225). Empléasele de todas maneras, como juez, árbitro, perito y encargado de misiones diplomáticas. Y en 1224, cuando el conde de Champaña parte con el rey Luis VII para la expedición de Saintonge, este burgués